

Cuando Andrómeda cae

Borja Moya Castillo

¿Te acuerdas, por lo menos, del olvido? [...] No te puedo pedir que te acuerdes de mí como yo era —una cara, unos ojos, unas lágrimas— sólo que me recuerdes como a algo que uno recuerda que se le ha olvidado y sin saber qué es, muy vagamente lo eche de menos cada cinco días.

¡QUÉ OLVIDADAS ESTÁN YA LAS SORTIJAS!- PEDRO SALINAS

Más allá de la Torre d'en Rovira, a medio camino de un sendero que se perdía en la inmensa penumbra; segundos después de haber cruzado un erial abandonado y, justo cuando una arboleda de pinos iba a abalanzarse contra ella, en ese preciso instante, que le pareció eterno, Irim fue consciente de que le brotaba sangre de la cabeza. Para entonces expiraba un día de finales de invierno, seguramente el más negro de la última década. Le faltaba el aire. Se detuvo un segundo, y contempló como su mano derecha se envolvía de pléthora carmesí. Al observar cómo el líquido se derramaba bajo sus pies, comenzó a chillar. Su grito se pudo perfectamente escuchar en cualquier rincón de la isla, pues ahí no se agitaba la brisa, ni tan siquiera las olas hacían ruido al colisionar contra las rocas. No recordaba qué le había provocado aquel incesante manantial de sangre. Tampoco de qué o quién estaba huyendo, sin embargo, el temor era visible en sus febriles ojos; tan desabridos como la fresca atmósfera que le rodeaba.

Empujada por la inercia de su propio miedo, Irim comenzó de nuevo a correr, no sin percibir el resplandor que ocasionaba la luna al contacto con su propia sangre. Atravesó como pudo un antiguo y pedregoso camino, de color tan rojizo como funesto. Reparó en como el suave aroma del romero se introducía en sus pulmones. Siempre le había agrado aquél olor, pero ahora le asfixiaba más que nunca. De pronto, a su espalda, oyó la voz de alguien que le vociferaba. ¡Escóndete en aquella casa! Su corazón latía descontroladamente y sus agitados ojos estaban a punto de estallar. No reconoció la voz, lo que le insufló tanto terror como la propia oscuridad que le cubría. Recorrió algunos metros más por el sendero que cada vez se volvía más abrupto. Finalmente, distinguió la forma de un edificio que surgía de las tinieblas. El camino se torcía a la

derecha, tal vez adentrándose en la profunda espesura de los pinos. Pero ella, haciendo caso de aquellas misteriosas palabras, viró en sentido contrario y se precipitó hacia la vivienda. Era una antigua alquería, abandonada por sus ocupantes hacía mucho tiempo. Irim no se preocupó por averiguarlo; le preocupaba salvaguardarse de *aquello* de lo que huía. Al traspasar una raída cancela, contempló enseguida que la alquería presentaba un aspecto realmente indigente y sobrecededor. Varios árboles se retorcían en los márgenes que conducían a la entrada. Los restos de un derrumbado porche se amontonaban cerca del umbral. Una abúlica columna restaba enhuesta en el centro, contemplando la escena con profunda soledad y aflicción. Irim empujó violentamente la marchita puerta, donde varios clavos sobresalían oxidados, mientras se introducía con profundo recelo y congoja.

Dentro hacía frío, pues una ligera brizna se deslizaba por la multitud de oberturas que mostraba la abigarrada sala. El ambiente además olía a arcilla y a algas marinas. Se apresuró a tomar asiento en uno de los bancos adyacentes a una pared cetrina. Se acurrucó y miró hacia arriba, temblando violentamente; buscando el origen de ese hedor. Numerosas vigas horizontales se hallaban intercaladas en el techo, y la peste que proferían los húmedos troncos le comenzaba a marear. Absorta por el lugar en que se hallaba resollaba del mismo modo que una bestia que sabe que le van a dar pronto caza. A los pocos segundos de su entrada apareció la silueta de un joven hombre. Respiraba con cierta dificultad y no paraba de retirarse el perlado sudor de la frente. A punto estuvo Irim de desgañitar su garganta al contemplarle, pero el desconocido, advirtiendo su movimiento, se llevó un dedo en la boca y le rogó silencio. Creo que les hemos perdido, musitó con una tranquilidad enviable, *ellos* creerán que nos hemos escondido en el bosque.

El único foco de luz provenía de una ventana de forma esférica, con dos palos en forma de cruz incrustados en ella. Su lívida claridad se proyectaba tétricamente sobre el suelo. El extraño, con hábil comedimiento, se asomó parcialmente a ella y, en un abrumador silencio, tan solo interrumpido momentáneamente por el jadeo de la joven, se dispuso a observar con atención el camino que, instantes antes, atravesaban como posesos. No te muevas cariño, manifestó poco después al asegurarse de que no venía nadie, registrare las habitaciones por si encontrara un candil. Antes de proceder con su cometido, colocó, muy próxima a Irim, dos *cachorrillos*¹ que traía ocultos en sus pantalones. Acto seguido, la besó en sus labios áridos. Luego, desapareció entre la penumbra.

¹ Arma de fuego corta y pequeña que normalmente se llevaba escondida dado que estaban, además, prohibidas por ley.

Los quebradizos ojos de Irim pronto se acostumbraron a la oscuridad. Descubrió diversos utensilios de labranza sujetos en las paredes, además de una podrida mesa apartada en un rincón. Encima de ella, una hermosa jarra bermeja resistía prácticamente intacta a la erosión del tiempo.

Estando sumida en la inopia, ignorando qué hacía ella allí con aquél hombre, de repente, una sombra perturbó la luminosa efigie de la cruz que proyectaba la ventana. Levantó la vista y, por un instante, se olvidó de que el reguero de sangre hacia rato que se había detenido, y que empezaba a acerarse en una incipiente postilla.

Un cuervo. Un sombrío cuervo refulgía como la plata. Sus cortas alas se acomodaban con ciertos aspavientos, y su cabecita torcía a los lados, como si buscara algo en la habitación. Abría y cerraba el pico todo el tiempo.

Irim, asustadiza, clavó sus diminutos ojos en él. El córvido *<¡Fue él!>* le producía profundo horror. Respiraba *<¡Fue él!>* quebradamente, y sentía como la sangre le hervía en su interior. Veía *<¡Fue él!>* como la sangre de su mano derecha empezaba *<¡Fue él!>* a resecarse de un modo pasmoso, como *<¡Fue él!>* si hubiera estando moldeando la jarra *<¡Fue él!>* de la mesa. *<¡Fue él!>* Los ojos le ardían inquietos; desasosegados *<¡Fue él!>* hasta tal punto que su acusosidad terminó por desaparecer.

<¡FUE ÉL!>

El desconocido reapareció sin apenas hacer ruido. Sostenía un vetusto y herrumbroso candelabro, con acabados arabescos y bañado en una tonalidad cobriza. Le faltaba uno de los soportes. Irim observó, enajenada, como éste se encaminaba hacia ella esbozando una ligera mueca de triunfo. El labio superior de Irim vibraba alarmantemente. Viró de nuevo su vista hacia la ventana. El cuervo tan solo existía en su recuerdo. Había desaparecido.

El hombre iba a depositar su particular hallazgo en la mesa cuando, súbitamente, Irim empuñó las dos pistolas. A pesar del temblor, apuntaban directo al pecho. Cariño,.. ¿Se puede saber que...?, farfulló permaneciendo estático. Fuiste tú,.. Quién me golpeó..., masculló con la mirada extraviada. La sangre le había cubierto gran parte de la frente, causándole un aspecto verdaderamente pálido y macabro. ¡No fui yo!, declaró excitado, chocaste contra una rama... ¿No lo recuerdas? ¡He venido a salvarte! Como aquella vez que...

<<¡OH, IRIM! ¡OTRA VEZ NO!>>

¿Lo has escuchado, hermanito?, preguntó Toniet frotándose su prominente barbilla. No, respondió Carlos categórico, y al parecer algo molesto por la pregunta. En realidad lo había escuchado perfectamente, como si el disparo se hubiera producido justo a su lado, sin embargo, tenía por costumbre contradecir todo aquello que Toniet comentaba. Anduvieron unos segundos más por el escabroso camino sin dirigirse la palabra. De vez en cuando la monotonía se interrumpía por el crujido de las ramas y la respiración entrecortada de Toniet. Un perro comenzó a ladear en la lejanía.

Toparon con una vieja alquería. Aparentemente se respiraba tranquilidad en su interior. Mientras Toniet tarareaba para sí una extraña canción, Carlos fijó la vista en la constelación de Andrómeda, donde las estrellas parecían bolas de navidad levitando en la lóbrega noche. Eso le ayudó a recordar la vez en que aquél hombre intentó secuestrar a Irim. Lo rememoraba con absoluta claridad. Era la noche anterior a Santa María. Su raptor estaba convencido de que el ambiente festivo despistararía tanto a Carlos como a Toniet, asunto que al final terminó por no ser así.

¿Hermanita estará bien?, se preguntó cuándo la canción le aburría. Hermanita estará bien. Porque no le pasará nada, ¿no? No le pasará nada. ¿Cómo me pasó a mí?, dijo frotándose una minúscula cicatriz. Exactamente.

Durante todo el trayecto Carlos sujetaba una escopeta. Al hallarse a escasos metros de las ruinas la levantó ligeramente, apretándola con determinación. Toniet de pronto comenzó a llamar a Irim. Carlos se estremeció y le maldijo entre dientes. ¡Cállate estúpido! Toniet se encogió y agachó la cabeza, esperando que su hermano le abofeteara allí mismo. No ocurrió tal cosa pues los gritos asustaron a un cuervo que permanecía inmóvil en la copa de un árbol, atrayendo su atención al batir sus alas. Graznaba, produciendo un bramido ensordecedor en los corazones humanos. Después, sobrevoló la penumbra hasta adentrarse en la alquería por una ventana. A continuación, se escuchó de nuevo otro disparo. Un breve fulgor, cosa de décimas de segundo, alumbró momentáneamente su interior... y volvió la abrumadora calma. Carlos se apresuró a entrar. Toniet, por su parte, se quedó paralizado en el sitio, comenzando a sollozar muy débilmente.

Un minuto después, Carlos regresó de nuevo al exterior. La cabeza estaba cabizbaja y la mirada la tenía perdida en el suelo, como si estuviera cavilando. Lanzó el arma a un costado. Los gemidos de Toniet le devolvieron al mundo de los vivos. Estaba allí,

petrificado, abrazándose a sí mismo y, muy probablemente, ya se habría meado encima. Fue hacia él con andante disperso y aburrido. Le rodeó con los brazos. Creyó recordar que la última vez que le abrazó fue cuando se hizo aquella cicatriz. Ahora, sin embargo, eso no importaba.

Mientras su hermano temblequeaba como un crío, reflexionó sobre lo injusto que era con él. No tenía la culpa de haber nacido enfermo, se dijo convencido. De igual modo sucedía con la esquizofrénica de su hermana.

A pesar de todo aquello, Carlos tuvo el suficiente coraje como para levantar la vista una vez más. La oscuridad seguía impenetrable. Las pupilas de sus ojos se dilataron considerablemente. La constelación de Andrómeda ya no estaba. Se había *caído*, pensó como si se lo estuviera explicando a su hermano para que éste lo pudiera entender. La otra vez no fue así. En aquella ocasión se alzaba pomposamente sobre el firmamento.

Se humedeció los labios. Nunca se había sentido tan desorientado y desprotegido como en aquél instante.

¿Todo irá bien, hermanito?, interrumpió Toniet sus pensamientos, a la vez que se aferraba a él como una madre a su recién nacido. Carlos titubeó. Abrió la boca como para responder, aunque finalmente se lo pensó de nuevo. Solo se limitó a respirar aquél aire gélido que le laceraba toda su tráquea.

Todo irá bien, murmuró con lágrimas en los ojos. Todo irá bien.